

LOS EFECTOS DE LA PRESENCIA DE MINORÍAS CULTURALES EN LAS ESCUELAS PÚBLICAS DE ESTADOS UNIDOS: UN REPORTAJE LONGITUDINAL

*Audrey L. Heining-Boynton**

Las raíces son profundas: hace muchas décadas que en Estados Unidos tratamos de dedicarnos a la enseñanza de todos. Seguramente, ningún otro país se ha angustiado tanto con respecto a este desafío. Comenzando en 1968, el gobierno estadounidense inició la elaboración de una serie de leyes proclamando la igualdad en la calidad de la educación para cada estudiante, en todas las escuelas públicas. Desde entonces hemos afrontado el reto continuo de tratar de lograr esta meta, aunque parezca difícil de alcanzar.

Estados Unidos es un país de inmigrantes y desde el principio surgió el dilema sobre qué idioma se debía usar para comunicarnos unos con otros, entre múltiples formas de lenguaje: lenguas indígenas, alemán, francés, español, y una miríada de otros idiomas de los que inmigraron a América. Finalmente, y debido a una serie de eventos históricos acaecidos en el siglo XVIII, el inglés emergió como lengua principal, pero no la única. Todavía existían colonias de inmigrantes de Alemania, por ejemplo, en las que se hablaba exclusivamente alemán. Aún hoy en día todavía existen barrios en el país donde uno puede levantarse, ir a trabajar, hacer sus compras y acostarse al final del día sin haber hablado ni oído una palabra en inglés. Un desafío importante se presenta en las escuelas. En este artículo vamos a explorar el asunto desde el punto de vista de una educadora profesional. A través de sus ojos contemplaremos la meta original de los años 60, la realidad actual décadas después, y algunas posibles soluciones para una situación compleja.

* Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, EE.UU.

I. LA META ORIGINAL O «BUENAS INTENCIONES»

El desarrollo de un país es un fenómeno fascinante desde los puntos de vista histórico, sociológico y económico. El sistema educativo incorpora esos tres componentes y es una parte esencial de la infraestructura de un país. Vamos a explorar un poco el porqué de algunas leyes y las buenas intenciones de los políticos en los años 60 y 70. Por el momento, abordaremos la situación con respecto a las minorías culturales de habla española, aunque en aquella época hubiera y siguiera llegando gente de cientos de países.

En los años 60 muchos colegios, sobre todo al norte del Río Grande, en el estado de Florida, y en el noreste, como en la ciudad de Nueva York, se encontraron con un número importante de inmigrantes de países hispanohablantes del sur de la frontera de los Estados Unidos, en su mayoría procedentes de México, Cuba, Puerto Rico y República Dominicana. La gente que llegó al país no sabía inglés y muchos, si no la mayoría, no sabían leer ni escribir en español.

El sueño de aquellos inmigrantes, como el de todos, era obtener una vida mejor que la que dejaron atrás. Los padres querían que sus hijos tuvieran una educación pero muchas veces por razones económicas era imposible. Los niños también tenían que trabajar para mantener a la familia.

Éste era especialmente el caso de los inmigrantes que trabajaban en la industria agrícola. Las familias se mudaban de un campo a otro trabajando en la recogida de las diferentes cosechas. En sus traslados siempre iban hacia el norte, ajustándose a la cosecha anual. Algunos niños acudían a la escuela cuando podían, pero cuando sus padres los necesitaban, muchos de ellos dejaban de ir al colegio y se iban al campo para trabajar al lado de sus padres. Por supuesto, cuando la familia tenía que mudarse a otro lugar para seguir la cosecha, los niños también se iban, dejando su escuela, sus estudios y a sus amigos. Muchas veces asistían a múltiples escuelas diferentes cada año, si es que podían ir. Numerosos niños asistían durante varios meses o semanas al colegio y luego dejaban de estudiar porque la familia los necesitaba para trabajar y contribuir a su manutención.

Así, los estudiantes iban y venían de una escuela a otra. Ciertamente, esta situación era difícil para ellos, pero también suponía una gran presión para las escuelas que los recibían. En aquella época pusieron a los estudiantes inmigrantes en las mismas clases de inglés de los anglosajones. Esto resultó especialmente difícil para aquellos

estudiantes en edad de asistir a la escuela secundaria. Si no sabían leer ni escribir en español, su lengua materna, y no podían hablar muy bien inglés, ¿cómo iban a tener éxito en el colegio norteamericano? Y otra cuestión importante para los profesores era, ¿cómo debían enseñar a los estudiantes que no podían comunicarse en inglés y que a lo mejor no iban a estar el año escolar entero? O, ¿qué hacer con los estudiantes que se presentaban en febrero y ya habían perdido más de la mitad del curso?

A esta problemática se unía el hecho de que existía un fuerte sentimiento de racismo y xenofobia por parte de algunos hacia cualquier persona o grupo diferente del suyo. Si mezclamos todo esto con el clima rígido y estricto de las escuelas de aquella época, tenemos la receta perfecta para crear una situación de discriminación potencial.

El estado de Texas estuvo en el punto de mira de la opinión pública en los años 60, a causa del serio problema que existía en sus escuelas. En muchas de ellas, la mayoría de los estudiantes no hablaban el inglés como lengua nativa; muchos de ellos no dominaban esta lengua lo suficientemente bien como para tener éxito en los colegios. También, en aquella época se usaba todavía la paliza como castigo y los periódicos publicaron que en algunas escuelas en Texas castigaban a los estudiantes hispanohablantes por el hecho de hablar en español durante las clases o el recreo.

Estos y otros hechos provocaron la creación de una ley del Presidente Lyndon Johnson en 1968, que declaraba que era el derecho de todo estadounidense mantener su cultura y su lengua nativa, y que nadie tenía el derecho de impedirlo. Las intenciones del gobierno al promulgar aquella ley eran excelentes, pero nadie habría podido imaginar las reacciones a que dio lugar; las ramificaciones siguen extendiéndose por el país muchos años después.

La primera demanda contra aquella ley fue interpuesta en 1972, *Lau versus Nichols*, en la que una familia vietnamita que vivía en California reclamaba que su hijo no recibía la misma educación que un estudiante anglosajón. La familia ganó el pleito y así empezaron los programas de *English as a Second Language* (inglés como segundo idioma). También en aquella época algunas personas pertenecientes al ámbito educativo interpretaron la ley como que era la responsabilidad de los colegios públicos el mantener y desarrollar el idioma nativo de cada estudiante. Así se iniciaron programas bilingües, mayormente en los estados de California, Texas y Florida, donde los estudiantes de las escuelas primarias y secundarias recibían su educación en inglés y español. Algunos utilizaron el modelo de la enseñanza bilingüe empleado en Canadá, y otros crearon su propio modelo. La mayoría de aquellos programas fracasaron.

Los programas no tuvieron éxito por varias razones. En primer lugar, los fines y objetivos no estaban bien definidos. La suposición era que los estudiantes hispanohablantes ya tenían un cierto nivel de español. La realidad, sin embargo, era que no tenían conocimiento del español académico y muchos, prácticamente la mayoría, no sabían cómo leer ni escribir en castellano. El resultado fue que si se quedaban en el colegio hasta el último año de la enseñanza secundaria, la mayoría de los estudiantes, al final de este periodo, tenía un nivel muy bajo en ambos idiomas, el español y el inglés.

La calidad de los profesores era otro gran problema. Muchos de ellos, cuya primera lengua era el español, no sabían inglés lo suficientemente bien. De este modo, como debían enseñar en inglés, carecían de la habilidad y competencia lingüísticas necesarias.

Otra parte de la polémica era que había mucho dinero federal destinado a financiar estos programas pero pocos requisitos y criterios para evaluarlos. Resultó que los programas continuaban durante años sin que nadie comprobara su eficacia. De esta manera se creó una generación de jóvenes que no estaban suficientemente preparados para el tipo de trabajos que les habrían asegurado un futuro más brillante económicamente; su desconocimiento del inglés académico era una barrera.

II. LA REALIDAD ACTUAL: «¿HEMOS PROGRESADO O COMETEMOS LOS MISMOS ERRORES?»

Pulsemos el botón de *fast forward* hasta décadas después de aquella ley de 1968 y de una serie de otras. ¿Cuál es la información demográfica tantos años después? ¿Qué impacto tienen estas cifras demográficas en el sistema educativo estadounidense? ¿Qué han aprendido las escuelas norteamericanas en los años subsiguientes acerca del desafío y la polémica de educar a todos los estudiantes del país, manteniendo la cultura natal de cada uno?

Por lo pronto, los datos demográficos son muy distintos a los de años atrás. Los Estados Unidos atravesaron una época de inmigración virtualmente sin control de ningún tipo. En aquel entonces las minorías culturales llegaron y se asentaron principalmente en los estados ya mencionados como California, Texas, Florida y Nueva York. Hoy en día, por falta de trabajo en esos estados, esta gente está emigrando hacia el interior y hacia otros estados costeros del país. Hay cier-

tas comunidades que antes jamás tenían más que un goteo de inmigrantes. Ahora ese goteo se ha convertido en un torrente de minorías culturales que han llegado y siguen llegando. Es decir, comunidades y escuelas que siempre habían tenido su propia serie de problemas y crisis, ahora tienen que enfrentarse a un nuevo desafío adicional: el de enseñar a los niños que no hablan inglés. Para proporcionarnos una idea de la magnitud de la situación actual, observemos las impresionantes tasas y porcentajes mostrados en el gráfico siguiente: (STRADLING, 2002: 1B).

CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN HISPANOHABLANTE EN VARIAS CIUDADES, EEUU

<i>Ciudad</i>	Porcentaje del crecimiento de la población hispanohablante, 1980-2000	Número de hispanohablantes, 2000
Raleigh, North Carolina	1.180%	72.580
Atlanta, Georgia	995%	268.851
Greensboro, North Carolina	962%	62.210
Charlotte, North Carolina	932%	77.092
Orlando, Florida	859%	271.627
Las Vegas, Nevada	753%	322.038
Nashville, Tennessee	630%	40.139
Fort Lauderdale, Florida	578%	271.652
Sarasota, Florida	538%	38.682
Portland, Oregon	437%	142.444

Fuente: Pew Hispanic Center and the Brookings Institution

Como puede verse en el gráfico, un estado como Carolina del Norte ha experimentado un crecimiento importante en el número de inmigrantes hispanohablantes. Y no son la única minoría cultural que sigue llegando. En julio de 2002, la publicación *The News and Observer* de Raleigh, Carolina del Norte, reportó la llegada de una familia vietnamita *montagnard* que se había reunido con un pariente directo después de veinte años de separación. Este familiar fue el único que, hace 20 años, consiguió llegar a EE.UU. huyendo de la persecución durante la

guerra de Vietnam. Los demás miembros de su familia sobrevivieron en un campo de refugiados en Camboya. En total, llegaron casi 725 personas *montagnard* a Carolina del Norte durante el verano y el otoño de 2002.

Como éste hay otros muchos ejemplos de inmigrantes que vienen del extranjero. Y cuando llegan, se aprovechan de las escuelas públicas de su comunidad. En el estado de Carolina de Norte hay más de cien minorías culturales representadas en las escuelas públicas. Los estudiantes traen a sus salones de clase sus culturas, sus lenguas extranjeras y sus necesidades personales.

Resulta que los profesores en las escuelas primarias y secundarias ahora tienen más estudiantes que nunca que no saben hablar, leer ni escribir en inglés. Como estos educadores nunca han tenido experiencia con estudiantes con capacidad limitada del inglés (*limited English proficient, LEP*), tienen que aprender una manera diferente de enseñar. El promedio de la profesión docente es caucásico y el profesor «típico» tiene más de treinta y cinco años, es decir, lleva enseñando más de quince años. A causa de este nuevo tipo de estudiante, por fuerza el educador contemporáneo tiene que cambiar su manera de presentar la materia. Para quienes siempre han enseñado lo mismo año tras año, la necesidad de cambiar e innovar se presenta como un gran obstáculo. La situación se complica aún más porque hay muchos estudiantes que están en Estados Unidos ilegalmente, sin ninguna documentación. Todos estos factores resultan en una peligrosa combinación que puede provocar un sentimiento de rencor por parte de algunos profesores.

Actualmente esta circunstancia se ve agravada por otra importante crisis: la falta de un número suficiente de profesores en las escuelas primarias y secundarias. En las décadas de los años 60 y 70 se produjo un *boom* de personal docente recién graduado de las universidades, un número que batió todos los récords. Hoy aquellos profesores ya han llegado a la edad de la jubilación y no existen jóvenes maestros que puedan tomar el relevo.

Si tenemos en cuenta que la educación pública estadounidense está financiada principalmente por el Estado, el resultado es que la mayoría de los estados en EE.UU. están en crisis financiera. Por ejemplo, en el comienzo del año escolar en agosto de 2002, algunos estados han tenido que despedir a cientos y hasta a miles de profesores por no poder pagar sus salarios. Jamás ha ocurrido esto en tal grado. Con menos maestros, el número de estudiantes en cada clase es mayor. Con más estudiantes en cada clase y, por lo tanto, más estudiantes de minorías culturales

que no hablan inglés, el problema de mantener un nivel alto de calidad de la enseñanza aumenta hasta límites insospechados.

Aparte de todo esto, existe el gran dilema de la permanencia de los profesores. Son pocos, y cada vez menos, los que reciben sus licencias para enseñar cada año, y son menos aún los que se quedan en la profesión cinco años después de entrar. Por ejemplo, en las escuelas primarias localizadas en el centro del estado de Carolina del Norte, la tasa promedio de la salida de profesores de la profesión en la ciudad de Chapel Hill es del 17,4%. Chapel Hill es uno de los mejores distritos escolares del estado; siempre obtiene los mejores resultados en los exámenes oficiales y los estudiantes tienen muchas ventajas que no tendrían en otros lugares del estado. Sin embargo, en estas excelentes escuelas primarias la rotación del personal es de casi un quinto cada año. En otros condados vecinos la tasa media de salida de la profesión es del 22,7% en Wake County (Raleigh) y del 23,3% en Durham, Carolina del Norte. Y existe un caso aún más preocupante: hay una escuela primaria en Durham donde la tasa de rotación es del 52% cada año (HUI,2002: 1B,10B). Mantener y desarrollar programas educativos de calidad con tantos cambios de personal es prácticamente imposible.

Entre la década de los 60 y hoy día, otra diferencia es que actualmente nos encontramos en una época «post-11 de septiembre de 2001». Las prioridades del país son diferentes, y también lo son cada una de las infraestructuras del país, incluyendo la educación. Esto no quiere decir que la educación pública no sea una prioridad, sino que ahora va paralela a otras prioridades más primordiales como la seguridad del país y sus ciudadanos, y la economía.

La actitud hacia la inmigración también es diferente a la que existía antes. Por ejemplo, después del 11/9 se produjeron algunos incidentes racistas y violentos aislados contra unos musulmanes. Por lo general estos incidentes han cesado. Sin embargo, aún podemos leer reportajes relatando que en ciertos lugares, como escuelas, los jóvenes musulmanes sienten discriminación por parte de algunos de sus compañeros. Según lo que se lee y se observa, esto no es lo normal pero sí existe.

En los medios de comunicación, en especial la prensa y la televisión, se ha comentado que lo que pasó el 11/9 es consecuencia de una sociedad abierta. No obstante, hay un malestar y una desconfianza hacia los extranjeros que se ha evidenciado en el discurrir de la vida cotidiana. Hasta la gente más liberal y abierta admite experimentar sentimientos que van desde el malestar hasta un temor silen-

cioso. No se expresa públicamente pero sí existe. Estos sentimientos se reflejan en los colegios también.

Otra diferencia entre el pasado y nuestros días es que la clasificación de las minorías culturales es más importante que nunca. Existen tres categorías prevalentes: los ciudadanos, los que tienen documentación como un visado, y los que no tienen documentos. Estas distinciones tienen importancia cuando se trata de los servicios sociales que proporcionan los estados. Servicios sociales tales como hospitales y escuelas reciben dinero del Estado que proviene de los impuestos pagados por los ciudadanos. Antes del 11/9 algunos hospitales del sur de Florida se encontraron en una crisis financiera considerable. Puesto que son hospitales subvencionados por el estado, tienen que ofrecer sus servicios a todas las personas, puedan éstas pagarlos o no. Hay un gran número de hispanohablantes que acuden para recibir atención médica y no pueden pagar sus facturas. Tampoco son ciudadanos, así que no pagan impuestos porque están en el país ilegalmente. Los hospitales deben absorber los costos y varios han llegado casi a la bancarrota. Los ciudadanos que pagan sus impuestos al Estado sienten animadversión hacia las minorías culturales que utilizan los servicios sin pagar.

También se ha dado una situación en California en la que el estado pagó millones de dólares para imprimir las papeletas para las elecciones en otros idiomas aparte del inglés. Muchos americanos se preguntaron que si se tiene el derecho de votar, ¿no se debe también ser capaz de leer la papeleta en inglés?

La escasez de recursos financieros deriva en la lucha entre una minoría cultural y todas las demás. En los años 60 fueron los afroamericanos, la minoría cultural más numerosa en aquel entonces, contra otras minorías culturales. Lo que todos tenían en común era que vivían en un estado de pobreza y muchos ni siquiera tenían la esperanza de mejorar su situación. Actualmente el mismo fenómeno se presenta hoy pero la diferencia es que la minoría que está aumentando más rápidamente es la hispana. De todas las diferencias que existen entre los afroamericanos y los hispanos, hay dos especialmente importantes: muchos de los hispanos no hablan inglés y muchos están en el país de forma ilegal. De nuevo, se produce una situación en la que se les ve con resentimiento. Estas situaciones que se dan en segmentos determinados de la sociedad influyen en el clima de los colegios públicos. Como apuntamos anteriormente, las distintas facetas de la sociedad se encuentran estrechamente relacionadas entre sí, y los eventos y sentimientos generados en un segmento en particular afectan a todos los demás.

III. ALGUNAS SOLUCIONES PROPUESTAS O «¿LOGRANDO LO IMPOSIBLE?»

El sistema educativo de cualquier país no funciona de forma aislada e independiente, sino que está integrado en todas las otras facetas de la sociedad. Ello no implica que las escuelas públicas puedan absorber o tratar de solucionar todos los problemas y dificultades de una sociedad. Una escuela es un espejo que refleja su comunidad. Por consiguiente, la comunidad tiene que aceptar su parte en la responsabilidad de educar a su juventud. Aunque la ley de 1968 de EE.UU. establecía que las escuelas habían de apoyar y promover las culturas de sus estudiantes, es imposible apoyar a todas de forma permanente. Tampoco es justo centrarse en una sola minoría cultural de una comunidad si en ella convive una variedad de gente. Hay que respetar y valorar a todos. Las familias pertenecientes a minorías culturales tienen que aceptar una mayor parte de responsabilidad en educar a sus hijos, sobre todo en la cultura de su país natal. En los EE.UU., la prioridad de las escuelas tiene que ser ayudar a los estudiantes inmigrantes a integrarse con prontitud en la sociedad estadounidense. Esto se consigue ayudándoles a dominar el inglés lo antes posible. De esta forma, las escuelas deben concentrar sus esfuerzos en enseñar el inglés pero a la vez han de procurar no restarle valor a la riqueza de las experiencias únicas y distintas que los estudiantes llevan a clase. Con un sólido conocimiento académico, las minorías culturales pueden contribuir de forma notable a enriquecer su comunidad y la sociedad en general.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- HUI, T.K. (2002): Teacher Picture is Grim. *News & Observer* (North Carolina, Raleigh) pp. 1B, 10B.
- STARLING, K. (2002): Free to be Together. *News & Observer* (North Carolina, Raleigh) pp. 1E, 3E.
- STRADLING, R. (2002): Hispanics Follow Jobs to Triangle. *News & Observer* (North Carolina, Raleigh) pp. 1B, 7B.

RESUMEN

Los Estados Unidos y su sistema de educación pública continúan evolucionando. Desde los años 60 los estadounidenses se han enfrentado al desafío de educar a todos sus estudiantes. Se comenzó por una serie de leyes federales apoyando esa meta. Décadas después, el desafío continúa y cada vez son más las demandas de fondos públicos para conseguir una educación eficaz e igualitaria. Este artículo analiza brevemente la historia de la búsqueda de una solución para educar a los estudiantes con capacidad limitada del inglés; seguidamente echa un vistazo a una microsociedad representativa, para finalizar con algunas posibles soluciones para enseñar a los estudiantes de las escuelas de enseñanza primaria y secundaria de los Estados Unidos que no hablan el inglés.

ABSTRACT

The United States and its system of public education continues to evolve. Since the 1960s, Americans have wrestled with the challenge of educating all students that commenced with a series of federal laws supporting that goal. Decades later, the challenge continues with increasing demands on limited public funds. This article traces a brief history of the search for a solution to educating students with limited English proficiency, followed by a look at a current representative microcosm, and the possible solutions for teaching English to non-native speakers in the K-12 schools of America.